

Moncho anda dándole vueltas a su nueva película al estilo de Almodóvar. Su trabajo de barrendero lo realizaba de un modo maquinal, y aunque requería esfuerzo, normalmente se sentía como en el gimnasio. Su mente en blanco era una hoja de papel sobre la que apuntar todo lo que se le ocurriera. Como Mujeres al borde de un ataque de nervios era una de sus favoritas, pensaba inspirarse en ella. Así no es preciso que las protagonistas femeninas sean gran cosa. Todas se pelearán por un hombre, un cantante, rico, famoso y atractivo. Se volverán histéricas nada más verlo. El público se partirá de risa. Se tirarán de los pelos. Habrán tomado una droga que las volverá locas de remate. Una mujer desquiciada es absolutamente realista, y además gracioso, se dice, como si acabara de encontrar el secreto del éxito. Sin embargo aquella idea no le convencía por completo. En las películas de Bergman las mujeres sufren de un modo desmedido. ¿Por qué? Quizás, si se las dejaran actuar con libertad, se irían todas detrás del más guapo. Para evitarlo la sociedad trata de mantenerlas dentro del redil y que no salgan de él. La libertad de las mujeres significaría la desgracia de los hombres. Los feos bajitos, la mayoría, estarían condenados a no gozar jamás del sexo. ¡Qué listos!, Woody el primero. Entonces recordaba su cortometraje titulado Sangre, considerándolo demasiado trágico y poco realista. Ellas aparecían correteando por el bosque, libres como caperucitas. Eso no podía ser. Realmente no deberían escapar de ellos, sino correr todas detrás de uno. Eso resultaría muy cómico. Al menos tenía al protagonista, que no era poco. Le había prometido trabajar para él, y la verdad era que Marcos Roero no desmerecía al lado de Eduardo Noriega. Tenía claro que esta vez su película sería una comedia. También cree que si cambiara la música de su cortometraje por la famosa melodía de Bernard Herrmann en Psicosis, todavía podría convertirlo en algo verdaderamente humorístico. A la gente le gustaba reírse de las desgracias de los demás. Como todo el mundo en el fondo desea reproducirse, el ver fracasar a los demás les provoca, además de hilaridad, una gran satisfacción. La cuestión debe ser mantenerlas asustadas para que obedezcan a sus padres y no se vayan con el primer guapetón que pase. Eso se evita a toda costa en cualquier cultura, incluida la nuestra. Para eso está la moda, para desviar la atención de las jóvenes inocentes hacia las demás y que no se fijen en quien no deben. De hecho las guerras y las dictaduras sirven para mantener a las caperucitas aterrorizadas. Aunque siempre está la lista de turno que se liga al más guapo. Las maduritas, sin embargo, toman a los hombres como presa, y eso sólo sucede en nuestra cultura occidental, donde las mujeres están liberadas. Así reflexiona sin parar, pues se trata de su deporte favorito.